

Vargas Llosa y los espejismos utópicos: Revolución, pureza y fanatismo en sus novelas políticas

AUTOR:

Pablo Paniagua

Profesor Investigador Faro UDD.

PhD en Economía Política, King's College London.

**Vargas Llosa y los espejismos utópicos:
Revolución, pureza y fanatismo en sus novelas políticas**
Pablo Paniagua

1. La utopía como hechizo latinoamericano

Se cumplió ya más de un año de la partida del gran ensayista, novelista y pensador liberal peruano Mario Vargas Llosa (28 de marzo de 1936 – 13 de abril de 2025). Resulta pertinente, entonces, reflexionar a estas alturas acerca de su trabajo como escritor y de la relación que tienen sus novelas con el pensamiento político y filosófico latinoamericano. Las novelas de Vargas Llosa no solo fueron una gran fuente de entretenimiento para sus lectores, sino que además constituyen un punto de reflexión acerca de los aspectos políticos, morales y utópicos que han afectado a nuestras sociedades, sobre todo a las latinoamericanas que, entre los años sesenta y los noventa, estuvieron intoxicadas de delirios utópicos y de ideologías redentoras.[1]

En el Chile posterior al estallido social sabemos muy bien que hay ciertas ideas que no se contentan con corregir parcialmente las imperfecciones del mundo, sino que desean redimirlo en su totalidad. No aspiran a reformar una injusticia concreta, a aliviar un sufrimiento preciso o a limitar un abuso determinado, sino que buscan rehacer de raíz la vida humana, purificar la historia y reconciliar de una vez por todas la libertad con la igualdad, el deseo con la justicia y la comunidad con la verdad; es decir, buscan la redención en la tierra de las imperfectas sociedades latinoamericanas. Al principio, dichas ideas suelen presentarse como un amanecer moral difícil de resistir, pues hablan en nombre de los humillados, de los olvidados, de los ofendidos y de quienes han sido empujados al margen del festín de la historia. Son ideas que prometen reparar lo intolerable: prometen que la miseria y la arbitrariedad no son una fatalidad, sino una falla corregible, y que basta con impulsar dichas ideas, a como dé lugar, para transformar el mundo en un paraíso terrestre. Pero a veces es precisamente ahí, en esa ambición moral tan pura, donde las sociedades se acercan al abismo y a la barbarie. Porque cuando una idea de justicia o de armonía social deja de aceptar límites, claroscuros, demoras o pluralidad, puede mutar en un fervor incontenible de pureza y, finalmente, en un delirio utópico. Como bien advierte el famoso grabado de Goya, “El sueño de la razón produce monstruos”;^[2] y la pureza, en política, rara vez tarda en volverse violencia, empujada por el vértigo utópico de la reconstrucción. Pocas obras narrativas han explorado con tanta persistencia esa metamorfosis de la utopía en violencia como la de Mario Vargas Llosa.

En varias de sus novelas, la utopía no aparece solo como una doctrina, sino como un hechizo, como una forma de fervor, como un simulacro chamánico de salvación que embriaga, simplifica y termina —demasiadas veces— exigiendo sacrificios humanos en nombre de un paraíso futuro que nunca se realiza. Dichas temáticas políticas y filosóficas no fueron casuales en la narrativa de Mario Vargas Llosa: basta con leer su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura para darse cuenta de ello.[3] Vargas Llosa nació en 1936 en Arequipa y creció entre desarraigados familiares, bajo la dura figura de un padre autoritario y en un Perú marcado por la dictadura de Manuel Odría. En su juventud fue un socialista y marxista fervoroso que apoyó la Revolución cubana, antes de desplazarse hacia una defensa férrea del liberalismo, la democracia representativa y la libertad de expresión, defensas plasmadas en su lúcido ensayo *La llamada de la tribu* (2018).[4] Su propia trayectoria intelectual, que él mismo reconstruyó después como un alejamiento del marxismo y el socialismo hacia el liberalismo, convierte su obra en algo más que un repertorio de ficciones políticas: la vuelve una larga conversación consigo mismo acerca de la tentación del absoluto y de la seducción de la utopía. De cierta forma, las novelas de Vargas Llosa son un espejo narrativo de su propio camino desde la seducción utópica del marxismo hacia un liberalismo pensado para un mundo imperfecto.

Por este motivo, la lectura de tres de sus novelas menos conocidas — *Historia de Mayta*, *Lituma en los Andes* y *El paraíso en la otra esquina*— puede ofrecernos un tríptico sugestivo del “delirio político americano” que coqueteó con las utopías revolucionarias de izquierda, así como la visión personal de Vargas Llosa respecto de los riesgos de las utopías y de las ideologías políticas en la región.[5] Estas tres novelas no son libros autobiográficos, pero sí pueden leerse como estaciones de una meditación personal e histórica sobre las utopías que tienen eco en la trayectoria vital del novelista peruano: la primera, *Historia de Mayta* (1984), trata la revolución como épica idílica y su posterior derrota; luego, *Lituma en los Andes* (1993) narra la utopía degenerada en terror; y, finalmente, *El paraíso en la otra esquina* (2003) retrata la utopía en su forma más noble, seductora y casi irresistible, allí donde todavía parece confundirse con la compasión y con el deseo legítimo de una vida más digna.[6] Desde luego, existen otras grandes novelas políticas de Vargas Llosa, como *Conversación en La Catedral* (1969) o *La guerra del fin del mundo* (1981).[7] Sin embargo, para efectos de este ensayo, nos centraremos en las tres mencionadas.

Podemos sostener que la narrativa de Vargas Llosa nunca buscó hacer propaganda ni antipropaganda política: fue siempre la de un novelista que trató de explorar las ficciones de la eterna búsqueda de la salvación terrenal a través de la revolución, la pureza o el fanatismo. Lo que más le interesó al escritor peruano no fue solo la falsedad o el error de ciertas doctrinas, sino su potencia de seducción y de hechizo: la capacidad que tienen las ideologías y la búsqueda de redención de obnubilar incluso a los más lúcidos, como si fuesen el “opio de los intelectuales”, por usar la expresión de Raymond Aron.[8] Vargas Llosa comprendió, como pocos, que las ideologías radicales no arrastran a las personas solo porque las manipulen o engañen, sino porque responden a una necesidad muy profunda del ser humano: el hambre espiritual de creer en algo trascendente y la necesidad de dar forma, dirección y sentido al sufrimiento material o social. En el resumen que hace Efraín Kristal del recorrido de Vargas Llosa hay dos palabras decisivas para entenderlo: rebelión y fantasía.[9] Según Kristal, en el universo literario de Vargas Llosa la infelicidad y el sufrimiento están tan presentes como las dos respuestas con las que los individuos tratan de superar dicho malestar: la *rebelión política* liderada por el fervor y la *fantasía encapsulada en mitos y en lo mágico*, dos respuestas que en Latinoamérica muchas veces se retroalimentan y se entrelazan, generando fracasos sociales y políticos a lo largo de la región.

En la obra de Vargas Llosa, el sufrimiento suscita estas dos respuestas una y otra vez. La utopía delirante y política nace justamente allí, en el punto en que la rebelión contra lo intolerable se deja fecundar por una fantasía vertiginosa de plenitud y moralidad, o por la convicción —a pie juntillas— de que se puede alcanzar el paraíso en la tierra a fuerza de voluntad, forzando la realidad. Por eso muchos de sus personajes no son simples cínicos ni monstruos vacíos de humanidad, pues suelen estar animados por una mezcla peligrosa de idealismo, vanidad moral, resentimiento, necesidad de coherencia y hambre de pureza absoluta. Así las cosas, el delirio utópico latinoamericano, según Vargas Llosa, no es una patología marginal: es una posibilidad latente del espíritu de la región, que aparece toda vez que la fantasía y el fervor por la redención y la pureza dominan a las personas, llevándolas al fanatismo y a la violencia. Bajo esta perspectiva, los delirios utópicos, violentos y carnavalescos ocurridos en Chile entre 2019 y 2023 parecen sacados de una novela política de Vargas Llosa, en la intersección entre la fantasía y el delirio.

Ya en la década de 1980, Vargas Llosa había abandonado sus convicciones socialistas y se había convertido en un defensor acérrimo de la democracia liberal. Dejó de sostener que la violencia revolucionaria o los cambios radicales fuesen el medio legítimo para lograr el tipo de cambio político que eliminara las causas del descontento humano. De hecho, comenzó a defender la tesis contraria: que el malestar político y la inestabilidad bien podían atribuirse directamente a la misma ilusión que él había albergado en su juventud, esto es, la creencia de que las utopías sociales y la dignidad humana son posibles y están al alcance de la mano, y de que solo faltan la voluntad y la convicción para forzar la realidad y alcanzarlas. Desde entonces, muchas de sus novelas se centraron en la fragilidad de las sociedades asediadas por fanáticos, revolucionarios políticos o idealistas bienintencionados.

2. *Historia de Mayta*: el abismo de la revolución como pureza

Historia de Mayta es quizá la novela de Vargas Llosa en la que esa intuición sobre los peligros del fervor político aparece de manera más nítida. Publicada en 1984, la novela reconstruye la investigación de un narrador-cronista sobre una fallida rebelión trotskista ocurrida en Jauja en 1958, encabezada por Alejandro Mayta y un joven militar llamado Vallejos. Aquí la estructura importa tanto como el argumento: capítulo tras capítulo, el narrador entrevista a testigos, amigos, conocidos y participantes del levantamiento, como si la novela quisiera mostrar que la revolución no solo fracasa en los actos, sino también en la memoria. Ese fracaso se manifiesta en el relato que pretende fijarla, en la imposibilidad de separar lo ocurrido de lo imaginado, lo vivido de lo narrado, la verdad de la ficción, la realidad de la ilusión. La novela explora, además, la ideología política y la manera en que se escribe la historia. Vargas Llosa no se limita a decir que la revolución en Jauja era inviable o desastrosa —que sin duda lo fue—, sino que muestra, además, que incluso su supuesta épica está construida con versiones rotas, testimonios parciales, autojustificaciones, mala conciencia y ficciones.

Lo fascinante del personaje de Mayta es que no aparece como un gran demonio histórico ni como un héroe trágico a la altura de sus consignas. Aparece, más bien, como una figura menor y obsesiva, un revolucionario neurótico y puro en el peor y en el mejor sentido de la palabra: alguien incapaz de resignarse al mundo tal como es, pero también incapaz de lidiar con su complejidad y encauzarla hacia algo positivo.

Su radicalismo tiene algo de noble y algo de ridículo; algo de valentía moral y algo de encierro sectario. Esa mezcla es decisiva, pues Vargas Llosa entiende que el fanático político o el revolucionario verdugo no siempre nace del amor al poder. A veces nace, precisamente, del horror ante la impureza del mundo: quiere una justicia sin mezcla, una historia sin ambigüedades, una revolución sin barro; es un paladín moral que quiere hacerse con el poder para instaurar un régimen de pureza y dignidad. Pero la realidad latinoamericana que la novela convoca —pobre, desigual, caótica, iletrada, fracturada por intereses y derrotas— no responde a esa lógica binaria o maniquea con la que Mayta ve el mundo. Entonces el revolucionario se queda solo con su pureza, que es también su condena. La derrota de Mayta no es solo militar o estratégica: es la derrota simbólica de toda una generación de latinoamericanos y de un imaginario incapaz de sobrevivir al espesor contradictorio de lo real y a los matices que la realidad termina imponiéndonos.

Por eso *Historia de Mayta* es también una gran novela sobre la pureza como tentación moral. Mayta no busca cambiar el poder de manos; busca sostener una fidelidad absoluta a la idea revolucionaria, aun cuando dicha fidelidad lo vuelva políticamente irrelevante, socialmente incomprensible y casi grotesco. En él, Vargas Llosa detecta un rasgo central de ciertos delirios utópicos de la izquierda de la región: su capacidad de distorsionar la realidad para convertir la derrota en prueba de autenticidad. El fracaso deja de refutar la doctrina y pasa a confirmar la superioridad moral del creyente. Cuanto más aislado, más puro; cuanto más impotente, más incorruptible; cuanto más lejos del mundo, más cerca de la verdad. En ese mecanismo hay algo más que sátira o patetismo: hay una forma de egocentrismo moralista o de narcisismo de la pureza que incluso ha afectado a muchos políticos jóvenes en Chile.[10] En esta novela hay, entonces, una crítica profunda a la espiritualización y moralización de la política; una crítica a ese momento en que la revolución deja de ser una práctica entre otras y se convierte en la religión del yo o en el sacrificio de la sociedad en el altar de la superioridad moral. Mayta no solo quiere transformar la historia; quiere salvarse en ella, justificar su existencia, volverse necesario a sus propios ojos. Y ahí la utopía empieza a confundirse con una forma de narcisismo sacrificial a costa de otros o de la sociedad.

Pero esta novela no se agota en desmontar a un personaje revolucionario, sino que también desmantela una forma de narrar la política latinoamericana. El narrador investiga, recompone, corrige, duda, y en ese gesto revela que toda memoria revolucionaria está hecha de montaje o de pirotecnia. La utopía necesita un relato mágico o una reinterpretación idílica de la gesta. Necesita una secuencia inteligible que transforme los errores en hazañas, las vacilaciones en heroísmo y las contingencias o desaciertos en destino ineludible. Vargas Llosa, novelista de vocación totalizante pero también de radical desconfianza frente a los absolutos, ataca precisamente este punto filosófico: cuestiona, a través de la literatura, la filosofía de la historia o el historicismo al que adhería Karl Marx.[11] En *Historia de Mayta*, la revolución no muere solo porque haya sido derrotada por fuerzas adversas, sino porque la historia real nunca sigue un curso predeterminado y siempre termina desbordando el guion que las ideologías quisieran imponerle. Dicho de otro modo, la novela cierra sugiriendo que la utopía radical fracasa no solo por su violencia o por su ceguera, sino por algo aún más profundo: porque necesita simplificar el mundo, la historia y a los seres humanos para actuar sobre ellos, y en esa simplificación mutila aquello mismo que dice querer liberar.

3. *Lituma en los Andes*: la revolución se convierte en terror

Si en *Historia de Mayta* Vargas Llosa examina la revolución en su forma todavía doctrinaria y pura, casi como una cruzada, *Lituma en los Andes* muestra lo que ocurre cuando esa imaginación utópica desciende al paisaje del terror. Publicada en 1993 y situada en los años del terrorismo de Sendero Luminoso,[12] la novela arranca con una escena de inquietud material y concreta: en un poblado andino remoto han desaparecido tres hombres, y el cabo Lituma y su adjunto Tomás son enviados a investigar y a resguardar la zona frente a los guerrilleros de Sendero Luminoso. Desde el inicio, la atmósfera es densa, turbia, amenazante. No está aquí el fanatismo lógico de Mayta, con sus reuniones, fracciones, disputas ideológicas y sueños de insurrección. Hay, en cambio, miedo, rumores, cadáveres en los Andes, caminos interrumpidos, poblaciones desconfiadas, ritos oscuros y violencia revolucionaria, entremezclados en una misma noche histórica. En *Lituma en los Andes*, la violencia política ya no es promesa ni delirio preparatorio: es un clima tóxico y turbio que contamina a la sociedad.

La gran fuerza de *Lituma en los Andes* reside en que la utopía ya no aparece enunciada con solemnidad, sino descompuesta en sus efectos más brutales, como los ajusticiamientos populares a pedradas en la sierra peruana. Sendero Luminoso está ahí como una presencia ominosa, como una pedagogía del terror, como una maquinaria vacía de humanidad que baja de los cerros para ejecutar, adoctrinar y sembrar miedo. Pero Vargas Llosa no se limita a oponer la barbarie senderista a la cordura republicana. La novela deja ver también la brutalidad del Estado, la incomunicación entre el Perú costeño y el Perú andino, y una fractura cultural, económica y social tan honda que la ideología revolucionaria parece injertarse en un suelo ya preparado por siglos de abandono, resentimiento y distancia. Aquí, Vargas Llosa nos recuerda que el delirio utópico no prospera en el vacío, sino que necesita una materia histórica herida, una sociedad quebrada, una experiencia de humillación sobre la cual erigirse. Por eso la novela no funciona como propaganda tranquilizadora, sino como un descenso a las entrañas de una sociedad fracturada por las ideologías y el desamparo. Lo que desciende no es solo la revolución al terror; es también el país a una zona de descomposición donde la promesa de emancipación se ha vuelto indistinguible de la pulsión sacrificial.

En *Lituma*, además, Vargas Llosa da un paso más en su crítica de las utopías: muestra que, cuando la política se absolutiza, puede terminar aliándose con fuerzas más antiguas, oscuras y arcaicas que ella misma; en este caso, con los rituales de sacrificio de las culturas prehispánicas. La novela entreteje la insurgencia senderista con mitologías, supersticiones, sacrificios, ebriedad dionisiaca y un subsuelo ritual que vuelve la violencia todavía más subterránea e incomprensible. Aquí la novela sugiere que el fanatismo ideológico, lejos de purificar la historia con la razón y la verdad, puede, en cambio, despertar en ella acervos premodernos o arcaicos de crueldad y de trance colectivo que permanecen latentes en nuestra experiencia cultural latinoamericana. Así, la utopía deja de parecer una promesa racional de justicia y empieza a revelarse como una pasión de destrucción y carnaval que conduce al sacrificio. Ya no hay aquí un revolucionario derrotado que fabula una redención imposible, sino una comunidad entera atrapada en la convergencia de ideología, ritos y noche. El resultado es una de las visiones más sombrías de Vargas Llosa: la de un país en que las ideas absolutas no elevan, sino que devoran, y donde la política se vuelve una teología sangrienta.

4. El paraíso en la otra esquina: la utopía como redención

Pero sería demasiado simple concluir que, para Vargas Llosa, toda utopía es solo un pretexto para la crueldad. Ahí entra *El paraíso en la otra esquina*, publicada en 2003, quizá la novela que matiza y enriquece toda esta meditación sobre la revolución. El libro enlaza dos vidas unidas por la sangre y por una misma pasión por el absoluto: la de Flora Tristán, entregada a la lucha por los derechos de las mujeres y de los obreros, y la de Paul Gauguin, que abandona su existencia burguesa para perseguir en Tahití un mundo no contaminado por la civilización europea. La novela narra, entonces, dos vidas opuestas que revelan un deseo común: el de alcanzar un paraíso donde la felicidad sea posible para los seres humanos. Aquí la utopía ya no aparece, al menos en primer término, como secta o como terror colectivo. Aparece como sueño moral, como hambre de belleza, como impulso a corregir una vida degradada por la explotación, el tedio o la hipocresía civilizatoria.

Flora Tristán ocupa un lugar decisivo en esta constelación de personajes, porque encarna —como pocos— una utopía digna. Fue una figura temprana del feminismo y del socialismo, y la novela la presenta consagrando sus fuerzas a la causa de los obreros y de las mujeres. En ella, el sueño de un mundo distinto no nace del rencor, ni del delirio redentor, ni del mero apetito de poder, sino de una experiencia directa del sufrimiento, la exclusión y la injusticia. Vargas Llosa, que en otras novelas había observado las ideologías radicales desde la ruina o desde la sangre, parece conceder aquí algo que no es menor: que el impulso utópico y reformista puede brotar de una sensibilidad moral elevada, de un rechazo legítimo a la humillación, de una compasión activa por quienes no cuentan. Eso vuelve la novela particularmente compleja y a Flora, un personaje muy especial del mundo narrativo de Vargas Llosa. Flora no es ridiculizada como un fósil doctrinario; está escrita con una mezcla de admiración y distancia. El autor reconoce la grandeza de ese deseo de emancipación y, al mismo tiempo, deja ver su severidad, su voluntarismo, su inclinación a convertir la justicia en una vocación total que absorbe la vida entera.

La grandeza de *El paraíso en la otra esquina* consiste en que extiende el problema más allá de la izquierda revolucionaria en sentido estricto. Gauguin no es un socialista militante, pero también es un utopista. Su paraíso no es la sociedad reconciliada, sino la existencia liberada de las convenciones burguesas, de la moral europea, del cálculo, de la fealdad utilitaria del mundo moderno.

Busca otra pureza: no la pureza revolucionaria, sino la de la experiencia estética, del deseo, del arte, de la vida originaria. Y aquí Vargas Llosa hace algo muy fino: muestra que las utopías políticas y las estéticas, las redenciones colectivas y los paraísos personales, se tocan en un mismo punto. Ambas figuras quieren escapar de los matices y de las renunciaciones, abolir la mediación, encontrar un lugar sin resto. Ambas formas de utopía sueñan con una totalidad reconciliada. Y ambas, al hacerlo, pueden justificar ceguerras, crueldades o sacrificios. El paraíso de Gauguin está contaminado por el colonialismo, por la explotación y por la instrumentalización de los otros; el de Flora, por su parte, por una severidad mesiánica intransigente que somete la complejidad de la vida a la tiranía del ideal.

De este modo, la novela desplaza el centro del problema. Ya no se trata solo de las ideologías radicales como campo histórico determinado, sino de un desajuste espiritual más amplio: el del ser humano que no tolera la imperfección del mundo y por eso imagina un lugar ajeno, un afuera redentor, una esquina distinta de la historia donde la herida deje por fin de doler; una esquina (política, social, estética, religiosa) en la cual podamos doblar y huir hacia un paraíso libre de dolor e imperfecciones. Las tres novelas que hemos analizado muestran variantes distintas de ese gesto: el pequeño sectario que cree poseer la verdad de la historia, la guerrilla que desata una pedagogía del espanto, la reformadora moral que roza el mesianismo, el artista que confunde libertad con paraíso sin culpa. Todos, a su manera, quieren escapar de la imperfección por la puerta grande. Vargas Llosa conoce demasiado bien esa sed de paraíso como para burlarse de ella sin más. Su propia vida intelectual, desde el entusiasmo marxista juvenil hasta el liberalismo combativo de la madurez, estuvo marcada por la búsqueda de sistemas capaces de conjurar la arbitrariedad, de defender la libertad y de ordenar el caos político. Lo que cambia con el tiempo no es la intensidad moral de esa búsqueda, sino su objeto.

Por eso *El paraíso en la otra esquina* es tan importante dentro de este tríptico novelesco: muestra que el autor, a pesar de haber visto colapsar sus sueños y sus utopías, no ha dejado de comprender la belleza de las grandes causas, aun cuando ya desconfíe de ellas. La utopía sigue fascinándolo, pero ya no como promesa de verdad, sino como drama de la condición humana.

De una novela a otra, Vargas Llosa parece decirnos que las ideas absolutas no se entienden bien si solo se las mira desde su catástrofe final. Hay que entender también la mezcla de generosidad, resentimiento, hambre de pureza, narcisismo moral y deseo de sentido que las vuelve tan atractivas. El fanatismo no nace donde no había nada, sino allí donde había una energía ética real que, incapaz de aceptar la pluralidad y la demora, se rigidiza hasta volverse contra el mundo. En eso consiste, a mi parecer, la diferencia entre Vargas Llosa y un mero polemista. El polemista denuncia, insulta y ridiculiza. El novelista, en cambio, se interna en la zona ambigua de todos nosotros, donde los errores nacen de virtudes extraviadas y donde las peores violencias pueden presentarse, al inicio, con el rostro de la rectitud. Vargas Llosa no absuelve las utopías radicales; las somete a crítica. Pero dicha crítica no sería tan penetrante ni lúcida si no estuviera animada por una memoria íntima del encanto que esas utopías ejercieron sobre él y sobre buena parte del siglo XX latinoamericano. Él mismo fue, en su juventud, un hombre atraído por la promesa de una justicia total, y más tarde convirtió ese desencanto en una defensa de la democracia liberal y de la libertad como bienes inseparables de la imperfección humana. Desde ese arco vital, sus novelas no suenan a sermón de converso satisfecho, sino a ajuste de cuentas con una ilusión que conoció por dentro.

En conclusión, Mario Vargas Llosa hizo de la novela un laboratorio privilegiado para pensar los delirios utópicos de la política latinoamericana del siglo XX. Su obra entendió algo que a muchos todavía les cuesta admitir: que las ideas más peligrosas no siempre se presentan como maldad desnuda, sino como promesa de redención y de pureza. *Historia de Mayta* desmonta el heroísmo revolucionario y exhibe la miseria moral de la pureza sectaria; *Lituma en los Andes* muestra el descenso de la utopía al terror y a la descomposición de un país; *El paraíso en la otra esquina* rescata, sin ingenuidad, la cara más noble y seductora de la imaginación utópica, allí donde la justicia, el feminismo, el socialismo o la liberación estética todavía pueden confundirse con la esperanza. Leídas juntas, estas tres novelas dibujan no solo una crítica de los delirios utópicos de las izquierdas del siglo XX, sino también un espejo oblicuo de la propia trayectoria vital de Vargas Llosa: del fervor por las ideas redentoras a la desconfianza hacia toda política que quiera abolir la incertidumbre y la pluralidad. En conjunto, nos recuerdan que la justicia es una necesidad moral, pero que se vuelve peligrosa cuando deja de aceptar su condición trágica, limitada e incompleta. Porque el paraíso político y las utopías sociales empiezan a pudrirse justo en el momento en que pretenden instalarse definitivamente sobre la tierra.

Notas:

[1] Sobre los delirios utópicos y políticos en Latinoamérica, véase también Carlos Granés, *Delirio americano. Una historia cultural y política de América Latina* (Barcelona: Taurus, 2022).

[2] Francisco de Goya, *El sueño de la razón produce monstruos*, aguafuerte y aguatinta, lámina 43 de la serie *Los caprichos* (1799).

[3] Mario Vargas Llosa, "Elogio de la lectura y la ficción" (discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, Academia Sueca, Estocolmo, 7 de diciembre de 2010).

[4] Mario Vargas Llosa, *La llamada de la tribu* (Madrid: Alfaguara, 2018).

[5] Véase también Granés, *Delirio americano*.

[6] Mario Vargas Llosa, *Historia de Mayta* (Barcelona: Seix Barral, 1984); *Lituma en los Andes* (Barcelona: Planeta, 1993); *El paraíso en la otra esquina* (Madrid: Alfaguara, 2003).

[7] Mario Vargas Llosa, *Conversación en La Catedral* (Barcelona: Seix Barral, 1969); *La guerra del fin del mundo* (Barcelona: Seix Barral, 1981).

[8] Raymond Aron, *El opio de los intelectuales* (Barcelona: Página Indómita, 2018).

[9] Efraín Kristal, "From Utopia to Reconciliation: *The Way to Paradise, The Bad Girl, and The Dream of the Celt*", en *The Cambridge Companion to Mario Vargas Llosa*, editado por Efraín Kristal y John King (Cambridge: Cambridge University Press, 2012), 129-147.

[10] Véase también Daniel Mansuy, *Los inocentes al poder. Crónica de una generación* (Santiago de Chile: Taurus, 2025).

[11] Véase Karl Popper, *La miseria del historicismo* (Madrid: Alianza Editorial, 2023).

[12] Sendero Luminoso (PCP-SL) fue una organización terrorista de orientación marxista-leninista-maoísta fundada en el Perú en 1970 por Abimael Guzmán. En 1980 inició un conflicto armado que dio lugar al período más violento de la historia republicana peruana. Su ideología, el llamado "Pensamiento Gonzalo", buscaba destruir las instituciones democráticas del país mediante una supuesta "guerra popular". Según el informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) del Perú, se estima que Sendero Luminoso fue responsable de la muerte de entre 31.000 y 37.000 personas, aproximadamente. Véase Comisión de la Verdad y Reconciliación, *Informe final* (Lima: CVR, 2003).

Bibliografía:

- Aron, Raymond. *El opio de los intelectuales*. Barcelona: Página Indómita, 2018.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación. *Informe final*. Lima: CVR, 2003.
- Granés, Carlos. *Delirio americano. Una historia cultural y política de América Latina*. Barcelona: Taurus, 2022.
- Kristal, Efraín. "From Utopia to Reconciliation: The Way to Paradise, The Bad Girl, and The Dream of the Celt". En *The Cambridge Companion to Mario Vargas Llosa*, editado por Efraín Kristal y John King, 129-147. Cambridge: Cambridge University Press, 2012.
- Mansuy, Daniel. *Los inocentes al poder. Crónica de una generación*. Santiago de Chile: Taurus, 2025.
- Popper, Karl. *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2023.
- Vargas Llosa, Mario. *Conversación en La Catedral*. Barcelona: Seix Barral, 1969.
- Vargas Llosa, Mario. "Elogio de la lectura y la ficción". Discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, Academia Sueca, Estocolmo, 7 de diciembre de 2010.
- Vargas Llosa, Mario. *La guerra del fin del mundo*. Barcelona: Seix Barral, 1981.
- Vargas Llosa, Mario. *Historia de Mayta*. Barcelona: Seix Barral, 1984.
- Vargas Llosa, Mario. *Lituma en los Andes*. Barcelona: Planeta, 1993.
- Vargas Llosa, Mario. *La llamada de la tribu*. Madrid: Alfaguara, 2018.
- Vargas Llosa, Mario. *El paraíso en la otra esquina*. Madrid: Alfaguara, 2003.

Otros Faro en Debate:

- **Faro en Debate Edición Especial:** Biografía política Vargas Llosa, su otra gran pasión.
- **Faro en Debate N° 40:** Iluminar la oscuridad: 50 años sin Hannah Arendt.
- **Faro en Debate N° 34:** Suicidio gradual por el encogimiento del alma. La relevancia de las humanidades ayer y hoy.

PARA CITAR ESTE DOCUMENTO:

Paniagua, P. (2026). *Vargas Llosa y los espejismos utópicos: Revolución, pureza y fanatismo en sus novelas políticas* (FARO en Debate, n.º 49). Núcleo de Humanidades y Ciencias Sociales FARO UDD, Universidad del Desarrollo.

Faro UDD

Núcleo de Humanidades y Ciencias Sociales



Faro UDD es un centro interdisciplinario de humanidades y ciencias sociales creado por la Universidad del Desarrollo. Ha sido concebido como un espacio académico de reflexión, que busca contribuir al bienestar de Chile y sus ciudadanos, mediante la generación de contenidos sólidos, el enriquecimiento del debate público nacional, y la formación de talento académico joven, todo ello en relación con la fundamentación ética de la democracia representativa y de la sociedad libre.

 **@faro_udd**

 **@faro_udd**

 **faro udd**

 **faro@udd.cl**

 **www.faro.udd.cl**